



## EL PRIMER ATEO

Dr. Ricardo López Pérez

### INTRODUCCIÓN

Jean Meslier vivió en el cruce de dos siglos de innegable agitación intelectual: nació en 1664 y murió en 1729. Su legado consiste en tres copias de un extenso manuscrito (alrededor de mil páginas), en donde expone un pensamiento ateo. Objeto de amplios debates, como era esperable, también sufre distorsiones y falsificaciones. El texto completo, sin recortes, se publica recién en Ámsterdam en 1864. Mucho más tarde, una versión en castellano aparece en 2010 gracias a la editorial Laetoli, con el título de *Memorias contra la religión*.

Un rasgo llamativo es que se trata de un cura católico, párroco en dos localidades ubicadas al norte de Francia. Cada día, después de sus actividades pastorales, dedica un tiempo a escribir para anunciar por primera vez la muerte de Dios: para decir, concretamente, “*no hay Dios*” (2010: 391). Todavía más, para hacer una dura crítica al cristianismo, y expresar enfáticamente que la Iglesia no tiene legitimidad moral, porque su práctica es una gigantesca impostura. Una paradoja, sin duda, Meslier vive y actúa de una manera, pero piensa y escribe de otra.

Con una prosa directa y culta, redundante, y con frecuencia recurriendo a frases largas, entrega un testimonio del fuego interior que ocultó en vida. Enviste contra el engaño, los abusos, deplora la servidumbre y reclama una libertad que no vivió. Desde el comienzo, en el prólogo, anuncia con certeza su posición: “Meteos en la cabeza, queridos amigos, meteos en la cabeza que no hay más que mentiras, quimeras e imposturas en todo lo que se propaga y practica en el mundo que tenga por objeto el culto y la adoración de los dioses. Las leyes y decretos que se promulgan en nombre de Dios o de los dioses y bajo su autoridad son en realidad sólo invenciones humanas, tanto como lo son los hermosos espectáculos que ofrecen las fiestas y los sacrificios o los oficios divinos y demás prácticas supersticiosas de la religión y la devoción que se realizan en su honor” (2010: 26).

Los filósofos de su época no fueron mayoritariamente ateos, la Ilustración estuvo más bien dominada por el deísmo. Firmes partidarios de la razón y enemigos del prejuicio, los pensadores ilustrados rechazaban la revelación, pero no siempre a Dios. El fuerte anticlericalismo de la época, no implicaba descartar la religión como tal. La crítica a la Iglesia fue más una cuestión política que teológica. El deísmo no consiste tanto en suprimir toda apelación a lo sobrenatural, sino en reemplazar una fe bárbara e ignorante, por una más racional y tolerante.

La existencia de Dios es un montaje intencionado y astuto, destinado al control de las conciencias. Un ateísmo radical a comienzos del siglo XVIII. En este escenario, Jean Meslier propone el primer discurso ateo.

#### **BREVÍSIMA GENEALOGÍA**

Dios como símbolo, como imagen, como presencia, imaginada o real, ha configurado la vida social por siglos. La idea de Dios (de los Dioses o determinada concepción de una fuerza superior), es fundamental para comprender muchos aspectos de la cultura.

En esta materia, la tendencia ha sido llevar la crítica a sus límites. Hay fuertes cuestionamientos que alcanzan a las iglesias y a la misma existencia de Dios. Nunca como hoy se desplegó con tanta fuerza el agnosticismo, y más aún el ateísmo. Siempre hubo dudas, pero no siempre la duda evolucionó hacia convicciones tan extendidas: la pérdida de credibilidad de los monoteísmos, y la fuerza del ateísmo en el siglo XXI, son hechos indesmentibles. Sin embargo, esta energía crítica no surge de la nada, sino de un proceso largo, entrecortado, con distintos momentos y grados de profundidad.

El ateísmo equivale a una noción amplia para designar una posición intelectual, al mismo tiempo una situación existencial y una opción de conciencia, consistente en negar la existencia de un Dios o unos Dioses. En los hechos, por esta razón, el ateísmo se constituye como una contrafigura del teísmo. Ser ateo (*a-theos*) significa “ser sin Dios”. Es declarar falso el enunciado “Dios existe”. Un posicionamiento profano, inmanente, secularizado, que por extensión implica la negación de cualquier poder sobrenatural. Negación radical, con frecuencia razonada y argumentada, entrelazada con otras dos: se niega cualquier forma de trascendencia, y, precisamente por ello, se niegan también las formas más grandiosas del dualismo.

En Occidente las palabras “ateo” y “ateísmo”, han tenido un marcado perfil infamante, en la medida en que evolucionan en el marco del monoteísmo. Si bien estas palabras ingresan tardíamente en las lenguas europeas modernas, y sólo comienzan a utilizarse en forma cotidiana hacia el siglo XVIII, la palabra “ateo” es muy antigua.

Por cierto, viene del griego. En forma distintiva esta lengua utilizó la “alfa privativa” para alterar el sentido, para invertir los significados, o para indicar carencia o

negación según el caso. Surge así *a-theos*, una palabra conocida con seguridad en Atenas en el siglo V aC. Sin muchos detalles, sabemos de algunos litigios de contenido religioso, atravesados por cuestiones políticas. El primero contra Aspasia, profesora de retórica y compañera del gobernante Pericles. Después vendrían el sofista Protágoras, y los filósofos Anaxágoras, Sócrates y Aristóteles.

La acusación más célebre, y mejor conocida, fue contra Sócrates en el año 399 aC. Según la versión de Platón, el viejo maestro debió enfrentar un tribunal por corromper a los jóvenes y no creer en los dioses de la ciudad (*Apología*, 24b). Aun así, no se conserva ningún testimonio de ateísmo. Para estos fines, lo relevante es que no hay un discurso ateo explícitamente formulado en el mundo griego antiguo. En efecto, hubo agnosticismo, por ejemplo en autores como Jenófanes o Protágoras, y también una distancia crítica con los Dioses, como es el caso de Epicuro, pero no ateísmo.

Con estos antecedentes el ateísmo deberá esperar un largo trecho para adquirir notoriedad, porque tampoco en la Edad Media podremos encontrarlo. “No estamos bien informados sobre la existencia de posibles ateos en la Edad Media”, escribe el reconocido medievalista Jacques Le Goff (2003: 125). Conforme a este autor, el mismo San Anselmo, cuando da respuesta a los descreídos “insensatos”, no identifica a ningún ateo concreto. Sus alusiones son inespecíficas, equivalentes a los “necios” sin rostro del Salmo 53 del *Antiguo Testamento*.

Hasta donde podemos juzgar, en ese periodo el ateísmo está ausente. En cambio abundan los herejes y los blasfemos, tantos como la Inquisición a partir del siglo XIII quiera ver. Los herejes son sancionados con rigor, pero en lo fundamental se les juzga por sus creencias desviadas y su alejamiento de las enseñanzas de la Iglesia, en ningún caso por negar a Dios. Del mismo modo, los blasfemos son castigados por violar algún artículo de fe, maldecir, o mostrar ingratitud por acción u omisión.

En castellano una definición está disponible en 1611, gracias al lexicógrafo Sebastián de Covarrubias. En su *Tesoro de la lengua castellana*, se lee: “Ateo es aquel que no reconoce a Dios ni le confiesa, que es gran insipencia” (En Navarra, 2016: 37).

Notablemente polisémica, desde su origen, el nombre “ateo” es un estigma y se confunde con significados como incrédulo, inmoral, impío, escéptico, anti clerical, carnal, materialista, blasfemo, bárbaro, luterano, anglicano, epicúreo, secularista, libertino, librepensador, maquiavélico, hipócrita, desalmado... y otros.

Circula con dificultad en textos subrepticios por algunos países de Europa, hasta que adquiere carta de ciudadanía intelectual en 1751 con la *Enciclopedia francesa*, en donde se le dedican dos extensas entradas. Convertida entonces en un campo temático cada vez más definido, Voltaire la incluye a su vez en su *Diccionario filosófico* de 1764; y al final del siglo se hace inocultable cuando Sylvain Maréchal publica su *Diccionario de ateos*.

Por ese tiempo, ahora sí, aparecen autores ateos que merecen ser recordados. Sin pretensión de exhaustividad, mencionemos inicialmente a Diderot, La Mettrie, al Barón de Holbach, y al Marqués de Sade.

#### PRIMER DISCURSO ATEO

A contracorriente de su época, antes que cualquier otro, aparece Jean Meslier. La potencia de su texto a comienzos del XVIII es de tal naturaleza, que no se entiende el olvido en que lo ha dejado la propia literatura atea. Omisión injustificada, porque no se trata de un texto casual o de un simple relato de perfil subjetivo. Algo de eso hay, es un autor guiado por su experiencia, pero en propiedad es la prosa de un pensador de notable formación intelectual.

En justicia, es necesario mencionar una excepción. Michel Onfray lo reconoce como un filósofo en el sentido pleno del término. Las más de cincuenta páginas que le dedica en su libro *Los ultras de las Luces (Contrahistoria de la filosofía, tomo IV)*, son sin duda un atinado homenaje para este formidable transgresor póstumo.

En el plano biográfico el vacío es lamentable. No hay mucho sobre la vida de Meslier, y ni siquiera se sabe dónde está su tumba. Hay aspectos en que pudo dejar testimonio y no lo hizo: ¿Por qué perdió la fe? ¿Tuvo fe alguna vez? No hay respuesta. Es muy probable que jamás tuviese fe, o bien que ésta nunca fuese demasiado firme. Tal vez llegó al clero empujado por la habitual presión social. No lo sabemos, sólo conocemos su discurso.

Según su relato, en vida nunca quiso expresar sus ideas para no exponerse a la indignación de los sacerdotes y la crueldad de los poderosos. Se obliga a callar, pero confiando en que podrá ser escuchado a su muerte.

Tuvo temores en vida, pero no los tiene respecto a su muerte. Tal como enseñaba Epicuro, no existe ningún poder superior, ni un tribunal convenientemente bien informado que cumpla la función de juzgar y castigar las almas de los muertos. Ninguna persona es culpable después de la muerte, simplemente la vida se extingue. Así como los átomos alguna vez se reunieron aleatoriamente para dar lugar a un ser, ahora se disuelven imponiendo un final sin retorno. Escribe: “Que sacerdotes, predicadores, doctores y autores de mentiras, errores e imposturas semejantes se escandalicen y enfaden cuanto quieran después de que haya muerto. Que me traten entonces, si quieren, de impío, apostata, blasfemo y ateo. No me preocupa en absoluto que me injurien y maldigan cuanto quieran, pues no podrá producirme la más mínima inquietud” (2010: 25).

Meslier es un pensador ilustrado, un materialista y un hedonista. Practica una crítica lúcida, emprende una deconstrucción radical de la moral cristiana, pero no es un nihilista. Tiene una propuesta, sostenida en un evidente fondo ético. Cree en la razón y en la fuerza de los argumentos bien formulados. Maneja con propiedad las *Escrituras*, conoce a los padres de la Iglesia, a historiadores judíos y romanos, refiere

de pasada a Homero, sabe filosofía y teología, cita a Séneca, con insistencia a Montaigne, y discute con Descartes. Es un hombre de una formación amplia y sólida. Recoge las ideas de su tradición intelectual, y se apoya en ellas. Todo esto exige tiempo, no pudo surgir espontáneamente, ni en forma súbita.

La estructura del libro incluye un prólogo seguido de ocho capítulos que se identifican como *Pruebas*, para cerrar con un apartado de conclusiones. Se abre con un largo título, bastante informativo: “Memoria de los pensamientos y sentimientos de Jean Meslier, cura de Etrépigny y de Balaives, acerca de ciertos errores y falsedades en la guía y gobierno de los hombres, donde se hallan demostraciones claras y evidentes de la vanidad y falsedad de todas las religiones que hay en el mundo, memoria que debe ser entregada a sus parroquianos después de su muerte para que sirva de testimonio de la verdad, tanto para ellos como para sus semejantes. *In testimoniis, et gentibus*”, (“Para dar testimonio ante ellos y los paganos”, *Mateo 10, 18*).

El texto se despliega a continuación como un vendaval. Uno tras otro, aparecen los distintos asuntos que inquietaron la conciencia de Meslier. Entre ellos: la falsedad de la religión, la fe como creencia ciega, la religión como una máscara, el espejismo de las profecías, la brutalidad de los sacrificios, la farsa de los milagros, la dudosa moral cristiana, la complicidad de la Iglesia con el poder, los abusos justificados con altos propósitos, los pasos en falso de las *Escrituras*, los equívocos de los *Evangelios*, una mirada sobre el pecado, una concepción materialista del alma, una defensa de los débiles, una exaltación de la voluntad y ciertamente una nueva espiritualidad.

A pesar de esta amplitud, no aparecen los abusos sexuales y particularmente nada sobre homosexualidad. Extraña omisión, en este último caso, considerando la presencia habitual de este fenómeno en mundo eclesial. Meslier no pudo ignorarlo, dado que ya en el siglo XI san Pedro Damiano, en su escrito *Liber Gomorrhianus (Libro de Gomorra)*, había denunciado con indignación las prácticas sodomíticas en el clero.

De modo general condena los excesos, el libertinaje, la “inclinación animal” y todo tipo de desviaciones, pero sin especificaciones, sin casuística (2010: 313). De todas formas, asume por adelantado su propia defensa: “Puedo decir que nunca he perpetrado un crimen ni he cometido una mala acción. Desafío a cualquiera, ahora mismo, a que pueda hacerme algún reproche justamente y con motivo” (2010: 702).

#### **CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN**

Así como la frase “Dios ha muerto” identifica el ateísmo de Nietzsche, podemos decir que Meslier elabora su postura a partir de una sentencia medular que recorre su discurso, regularmente como un telón de fondo: “no hay Dios” o “no hay creador”.

Inmediatamente después del *Prólogo*, el texto entra en materia, desarrollando su crítica con una fuerza que seguramente resulta de tantos años de auto represión. Sin embargo, sólo recién en la *Séptima Prueba* se pronuncia la sentencia ya prefigurada: “Por todo ello, hay que probar y hacer ver claramente que los hombres se equivocan también en esto y que no existe un ser como ése, es decir, que *no hay Dios*” (2010: 391).

Un poco más adelante propone un argumento que con el tiempo aparecerá insistentemente en la literatura atea: “Vemos con mucha frecuencia que los malos, los impíos y quienes menos merecen vivir disfrutan de la prosperidad y viven en la abundancia llenos de alegría y de honores. (...) Así, pues, como el mundo está lleno, casi por todas partes, de males, miserias, vicios, maldades, engaños, injusticias, robos, hurtos, crueldades, actos tiránicos, imposturas, mentiras, discordias, confusiones, etc., el hecho de que se dé todo eso constituye una prueba real y evidente de que no hay en absoluto un ser infinitamente bueno e infinitamente prudente capaz de ponerle un remedio conveniente” (2010: 486).

Meslier se inscribe definitivamente en el estilo de la sospecha, tan característico de los textos ateos posteriores. Reduce la creencia a una maniobra de encubrimiento y de dominio: “Por otra parte, parece claro que la primera creencia en los dioses viene de ciertos hombres más astutos, taimados y sutiles que los demás, y seguramente también peores, quienes, a fin de poder ponerse por encima de los demás, debido a su ambición, se aprovecharon con toda seguridad de la ignorancia y la estupidez de sus congéneres y adoptaron el nombre y condición de los dioses y señores soberanos para hacer que los hombres los respetaran y temieran” (2010: 397).

El autor no tiene dudas al respecto: no hay creador. Tensionando todavía el argumento, y repitiendo a Lucrecio, afirma que la misma creación es imposible, porque nada puede aparecer de la nada: “No puede haber poder alguno capaz de hacer algo a partir de la nada” (2010: 426). El viejo misterio de los orígenes, sobre el cual el materialista Meslier se pronuncia con certeza, pero sin eludir su carácter insondable: “Admito que no resulta fácil imaginar qué es lo que hace que la materia se mueva ni que pueda moverse de una u otra manera o con determinada fuerza y velocidad. Confieso que no puedo imaginar el origen y la causa eficiente de este movimiento” (2010: 409).

Una nota de escepticismo que el autor no extiende a otras materias. En el plano de la crítica y de las propuestas se observa una convicción firme, incluso cuando se refiere a cuestiones no habituales para la época. Un buen ejemplo de esto es el tratamiento crítico respecto de los sacrificios con animales. Repasa pasajes del *Antiguo Testamento* en que aparecen ritos, ofrendas, degollinas, oblaciones, descuartizamientos, penitencias, y otros eventos semejantes de pretendido origen divino y de especial crueldad. ¿Quién podría creer, se pregunta, que estos actos crueles podrían agradar a un Dios infinitamente bueno y sabio?

Pregunta que no necesita respuesta: contemporáneamente tales actos no admiten justificación. A comienzos del siglo XVIII, sin embargo, no existía una conciencia tan definida sobre el trato a los animales, pero esto no cuenta para Meslier. Su conclusión escapa a los estándares de su época: “Digo sacrificios crueles y bárbaros porque es una crueldad y una barbaridad golpear matar y degollar, tal como hacían, unos animales que no causan daño a nadie, habida cuenta de que son también sensibles al sufrimiento y al dolor, como nosotros, a pesar de lo que dicen vana, falsa y ridículamente los nuevos cartesianos, que los consideran como puras máquinas sin alma y sin sentimientos” (2010: 131).

#### FUTURO SIN DIOS

Meslier es inactual, un adelantado, un pionero. Verdaderamente una base para todo el ateísmo posterior. Su crítica a la moral cristiana anticipa el impulso libertario de la Ilustración, y las posturas que se despliegan con fuerza en el siglo XX, después de Nietzsche, Marx y Freud, (los “maestros de la sospecha”, conforme a la expresión de Paul Ricoeur). Rechaza la apología del dolor, el sufrimiento, la contención, el ayuno, la castidad. Poniendo a la vista un rasgo hedonista, abre una dimensión libertaria y de aceptación de la realidad del cuerpo, especialmente del placer como una “dulce inclinación humana”. Escribe: “Es un error de la moral cristiana condenar, como condena, los placeres naturales del cuerpo, y no sólo, como he dicho, los actos carnales en sí sino también todos los deseos y pensamientos que se pueden tener voluntariamente y que tengan por objeto recrearse y disfrutar con ellos” (2010: 312).

Su texto no es explícito en rechazar el matrimonio, pero se niega a aceptar que pueda ser la única expresión legítima del encuentro humano. Vendrán otros tiempos en que la relación sexual dejará de ser concebida con el exclusivo propósito de la procreación, o reducida estrictamente a lo genital.

Su crítica consistente, su tenacidad y rudeza, están lejos de una simple negatividad. Terminando el texto, en el capítulo *Conclusión General*, se pueden leer párrafos que retratan a un ilustrado, con una irrenunciable confianza en la razón y el progreso.

Meslier escribe: “Las solas luces naturales de la razón bastan para que los hombres puedan alcanzar la perfección en la ciencia y en la sabiduría humana, así como para alcanzar la perfección en las distintas artes. Y ellas se bastan a sí mismas para que el hombre pueda practicar no sólo las virtudes morales sino para realizar también las más hermosas y generosas acciones de la vida”. A continuación: “En efecto, no es la mojigatería de la religión lo que perfecciona al hombre en las artes y en las ciencias. No es ella la que hace descubrir los secretos de la naturaleza ni la que inspira al hombre para acometer grandes proyectos. Son el talento, la prudencia, la probidad y la grandeza de alma los que hacen que haya grandes hombres, y ellos son los que les llevan a acometer grandes empresas” (2010: 690).

Habiendo demolido la creencia religiosa, su institucionalidad, sus autores, sus divulgadores, sus guardianes, para una mente estrecha únicamente quedará el más devastador desamparo. No en su caso, porque nunca llega a poner en duda la potencia de la razón. Entre el pecado y la lucidez, entre la servidumbre y la libertad, entre el abuso y la dignidad, entre el ocultamiento y la honestidad, entre el eufemismo y la asertividad... sus elecciones se expresan con claridad. Su crítica resuelta está entrelazada con una visión de futuro.

Terminando el texto, una magnífica expresión de sensatez: “Que no haya más religión que la de hacer que toda la gente se dedique a ocupaciones honestas y útiles y viva en común pacíficamente, que no haya otra religión que la de amarse los unos a los otros y guardar inviolablemente la paz y la perpetua unión entre todos” (2010: 695).

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- LE GOFF, JACQUES (2003). *En busca de la Edad Media*. Barcelona: Paidós.
- LÓPEZ, RICARDO (2020). *Ateísmo en perspectiva*. Mauricio: Editorial Académica Española.
- MESLIER, JEAN (2020). *Memoria contra la religión*. Navarra: Laetoli.
- NAVARRA, ANDREU (2016). *El ateísmo. La aventura de pensar libremente en España*. Madrid: Cátedra.
- ONFRAY, MICHEL (2010). *Los ultras de las Luces*. Barcelona: Anagrama.

